

GREC 2014

Una bella crueldad

La danza de Peeping Tom zarandea de nuevo el Grec

CARMEN DEL VAL | Barcelona | 18 JUL 2014 - 00:05 CEST

Archivado en: Festival Grec Peeping Tom Compañías danza Danza Festivales teatro Cataluña Festivales Teatro España Artes escénicas Eventos Espectáculos Sociedad



La apuesta de la compañía belga cautiva y agrade a la vez al espectador, una marca de la casa. / HERMAN SORGELDOOS

De nuevo el colectivo de danza-teatro Peeping Tom, del francés Franck Chartier y la argentina Gabriela Carrizo, cautivó y agredió emocionalmente al público barcelonés con *Vader (Pare)*, fascinante y sobrio trabajo sobre el drama de ser padre y la vida de unos ancianos en un asilo. Es una pieza en la línea de *Le Salon* (ahí también la vejez) que el grupo belga presentó en el Mercat de les Flors en 2006, pero alejado del imborrable *32 rue Vandenbraden*, mejor espectáculo del Grec 2012; aún así, *Vader*, por ahora, es el espectáculo de danza que más ha

convencido.

La noche del miércoles la retina del público que llenaba el Mercat de les Flors quedó atrapada por las desgarradoras imágenes de *Vader*. El comienzo del espectáculo no puede ser más cruel: un hijo lleva a su padre al asilo arrastrándolo por el suelo. El anciano, con alzheimer, magistralmente interpretado por Leo De Beul (pintor de 66 años que nunca había pisado un escenario), se convierte en el protagonista. Su interpretación encierra numerosos registros como demuestra cuando su cuerpo se encorva o cuando sonrío al coquetear con sus compañeras.

De Beul firma la creación, amén de con el resto de integrantes de la compañía, con diez barceloneses entre sesenta y setenta años: algunos se suben al escenario por primera vez; otros solo habían hecho teatro amateur.

La acción de *Vader* se sitúa en el comedor del asilo. Tratar la decrepitud del ser humano sin caer en el melodrama no es fácil pero Peeping Tom lo logra: desde su sobriedad lo grotesco resulta hermoso. Así, la férrea disciplina que reina en ciertas residencias de ancianos aquí se representa a través de un cuidador vestido de militar. El fragmento en que a un anciano le lavan sus partes íntimas y le ponen el pañal hiere al espectador por lo que significa pero no cae en el tópico. Precisamente ese anciano es el hijo que al inicio lleva a su padre al asilo; a él lo ha llevado su hija.

En cuanto a los seis miembros de la compañía son, a la vez, magníficos bailarines, actores y acróbatas. El baile es violento y dinámico. Sus cuerpos se lanzan en el espacio a una velocidad asombrosa; el suelo es para ellos una pista de aterrizaje, en la que rodillas, codos y cabezas se deslizan como peonzas. Este diálogo rudo, brutal y agresivo también encierra su

pincelada de humor, como por ejemplo la secuencia en la que los cuidadores van a servir sopa tailandesa a los ancianos y al destapar la gran olla aparece la cabeza de una bailarina asiática: el espectador se relaja sólo por unos segundos porque el baile de la Peeping Tom es sobrecogedor, cruel, hermoso... inolvidable.